

OFRENDA

Tienes el aire de esas inglesas silenciosas
que en los bancos musgosos de sus parques ducales,
mientras deshoja el viento las penúltimas rosas,
musitan melancólicas baladas otoñales.

Cuando tras las ventanas esperas nuestra cita,
hilando en áurea rueca tus ensueños nevados,
solo entonces te falta, para ser Margarita,
tener ojos azules y cabellos dorados.

Cincelé, como aquellos orfebres medioevales,
en tu honor estas rimas, mis regalos nupciales...
Sobre heráldico trono sonrías dulcemente...

Preludian una marcha los violines tzinganos,
y un paje rubio—el Sueño—se inclina reverente
á dejar este libro en tus pálidas manos.

LA SOMBRA DE LAS MANOS

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

Mano de marfil antiguo,
mano de ensueño y nostalgia,
hecha con rayos de luna
y palideces de nácar...

¡Vuelve á suspirar amores
en las teclas olvidadas!...

¡Oh, piadosa mano mística!
Fuiste bálsamo en la llaga
de los leprosos; peinaste
las guedejas desgredadas
de los pálidos poetas;
acariciaste la barba
florida de los apóstoles
y los viejos patriarcas;
y en las fiestas de la carne,
como una azucena, pálida,
quedaste en brazos de un beso
de placer extenuada...

¡Oh, manos arrepentidas!...
¡Oh, manos atormentadas!...

En vosotras han ardido
los carbones de la Gracia...

En vuestros dedos de nieve
soñó amores la esmeralda;
fulguraron los diamantes
como temblorosas lágrimas,
y entre abrieron los rubies
sus pupilas escarlata.

Junto al tálamo florido,
en la noche epitalámica,
temblorosas desatasteis
de una virgen las sandalias.

Encendisteis en el templo
los incensarios de plata;
y al pie del altar, inmóviles,
os elevasteis cruzadas,
como un manojo de lirios
que rezase una plegaria.

¡Oh, mano exangüe, dormida
entre flores funerarias!...

Los ricos trajes de seda,
esperando tu llegada,
envejecen en las sombras
de la alcoba solitaria...

En la argéntea rueca donde
áureos ensueños hilabas,
hoy, melancólicas, tejen
su tristeza las arañas.

Te espera, abierta, la clave;
y sus teclas empolvadas,
aún de tus pálidos dedos
las blancas señales guardan.

En el jardín, las palomas
están tristes y calladas,
con la cabeza escondida
bajo el candor de las alas.

En el sepulcro, el poeta
inclina la frente pálida;
y sus pupilas vidriosas,
en el fondo de la caja
aún abiertas permanecen,
esperando tu llegada.

Blancas sombras, blancas sombras
de aquellas manos tan blancas
que, en las sendas florecidas
de mi juventud lozana,
deshojaron la impoluta
margarita de mi alma,
¿por qué oprimis, en la noche,
como un dogal mi garganta?

Blancas manos... azucenas
por mis manos deshojadas...
¿por qué vuestras finas uñas
en mi corazón se clavan?

¡Oh, enfermas manos ducales,
olorosas manos blancas!...

¡Qué pena me da miraros
inmóviles y enlazadas
entre los mustios jazmines
que cubren la negra caja!

PRELUDIO INTERIOR

Yo en un edén de amores quiméricos vivía,
cuando con su lenguaje tentador y elocuente,
enroscada en el árbol, me indujo la serpiente
á morder las manzanas de la sabiduría.

Fuí esclavo de la tierra. Su liviana armonía
dió á mis lascivos cantos la maliciosa fuente,
y en los surecos estériles malogré la simiente
de todo lo que dentro de mi ser florecía.

Huiré, solo, al desierto. Viviré en mi caverna,
á los pies de mi alma, la atormentada eterna;
y mientras ella, dócil, mi negra historia olvida,

yo encerraré en un libro los recuerdos dispersos,
y en vez de unir mi vida al ritmo de mis versos
ajustaré mis versos al ritmo de mi vida.

ELEGÍA DE OTOÑO

Se fueron ya las golondrinas.
Está sin flores el jardín...
Sólo solloza en las neblinas
un melancólico violín.

Bajo la pena de los cielos,
las plañideras notas son
como los últimos anhelos
de un moribundo corazón.

Entre la brisa la voz muere;
y en su estertor oigo gemir
toda esta pena que me hiera...
y que no acierto á definir.

Vagas tristezas otoñales...
Temor de un pronto perecer...
Deshojamientos de rosales
en un lluvioso atardecer...

Presagio horrible que me aterra...
Miedo á la eterna obscuridad...
¡Y hasta en mis ojos, de la tierra
á veces siento la frialdad!

Algo mi labio al cielo envía.
Algo se apaga en mi interior,
mientras la tarde gris y fría
se está muriendo de dolor.

¿Qué hay en mis tristes pensamientos,
qué hay en mi vida, que se va
con esas hojas que los vientos
mueven y arrastran sin cesar?

Cayó la noche somnolienta
sobre el cadáver del jardín,
y entre sus sombras muere lenta
la última queja del violín...

Y nos recordá el bronco llanto
de esas campanas al doblar,
que allá, en el viejo camposanto,
van algún tísico á enterrar!

FLOR DE CAMINO

El agua de tu ánfora, bella Samaritana,
bajo las tres palmeras del pozo, me ofreciste:
ardía el sol, cantaban las cigarras, y triste
perdíase á lo lejos la errante caravana.

Te pregunté quién eras. Y sonriendo, ufana
—¿Qué te importa mi nombre? Soy el Amor—dijiste...
Y entre nubes de polvo, cantando, te perdiste
por las áridas sendas de la ciudad lejana.

Siempre que mi sed sacio, si gozo, es porque creo
que el agua de tus ánforas apaga mi deseo....
¡Oh, tú, la más piadosa de las consoladoras!

¿Quién eras? ¿Dónde fuiste?... De tu imagen bendita
sólo el recuerdo guardo, como una flor marchita,
entre las viejas páginas de este libro de Horas,

EL JARDIN DE LOS BESOS

Ya no cruzamos el jardín sombrío
por la estrecha avenida solitaria...

El cruel vampiro del otoño absorbe
la sangre de las rosas deshojadas,
y en el fondo del parque, resbalando
como caricia de sutiles alas,
el eco moribundo de tus besos
nuestros amores imposibles canta.

Y es tan doliente la canción, que el aire
tiembla medroso entre las mustias ramas;
las lechuzas, pupilas de la noche,
esconden la cabeza bajo el ala,
y la luna, amarilla y temblorosa,
resbala en azul como una lágrima...

¡Oh, tus alegres besos!... Han reído
en la nupcial alcoba solitaria,
en las augustas bóvedas del templo
y en los sangrientos campos de batalla!...

¡Oh, tus piadosos besos!... Se han posado
en el seno de todas las desgracias,
en los labios de todas las heridas
y en la frente de todas las nostalgias!

¡Oh, la divina música armoniosa
de tus besos!... Gorjea entre las ramas
del limonero en flor; lanza en la fuente
su murmullo de frescas careajadas;
como enjambre de risas aletea
en el rosal que alegra tu ventana;

duerme en el arco del violín; suspira
en la errante y nocturna serenata,
y en las blancas cortinas de mi lecho
con perezosa lentitud resbala,
como rumor de encajes que se aleja
y en las alfombras del salón se apaga...

La luna muere en el azul. La brisa
se duerme, temerosa, entre las ramas;
y sólo turban el silencio fúnebre
de la obscura avenida solitaria,
los temblores del musgo donde late
el misterioso corazón del agua.

PAISAJE

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento.
El supremo cansancio... La llanura infinita...
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,
y jadeante abrasa de la tierra el aliento.

Todo polvo. Se duerme, aletargado, el viento...
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita,...
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña proyecta en la llanura
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura,
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean
con lenta pesadumbre las aspas de un molino.

EL ALTO DE LOS BOHEMIOS

La lámpara esparce sus tenues fulgores;
y ágil y nerviosa, tu pálida mano,
un canto, que evoca remotos amores,
despierta en las teclas del viejo piano.

Un himno de alondras saluda á la aurora;
surgen los preludios de la serenata;
vuelan hojas secas, y una fuente llora,
monótona y trémula, lágrimas de plata.

Vibran las esquilas, ladran los lobreles;
á fiesta convoca la alegre campana;
y entre panderetas y entre cascabeles
se acercan las músicas de una caravana.

¡Ajustos bohemios, reyes andrajosos
que cruzáis del mundo los vastos confines,
siempre pensativos, tristes y ojerosos,
sollozando amores en vuestros violines,

parad un instante bajo mi ventana
y con vuestros cantos calmad mi amargura!...
¡Que quiero mostrarte mi mano, gitana,
para que me digas la buena ventura!

¡Adiós para siempre, rostros macilentos,
barbas desgredadas, ojos asesinos!
¡Vuestro último canto se llevan los vientos
con las hojas secas por esos caminos!

¡Pálida bohemia, errante adivina
que hoy gimes amores bajo mi ventana,
dime, eco ligero; fugaz golondrina,
¿bajo qué balcones gemirás mañana?...

¿Dónde vas, inquieta y hábil tañedora
de un arpa que vibra doliente á mi reja?...
¡Hay algo en mi alma que suspira y llora,
y que con el eco de tu voz se aleja!

Cabellos de oro, perfil vacilante,
labios enfermizos, grandes ojos claros
donde mi esperanza contemplé un instante...
¿junto á qué camino volveré á encontraros?...

La música errante se va lentamente
como los rumores de una serenata;
y sólo se escucha la voz de la fuente,
que muere en un hilo de trémula plata.